



josé  
de  
jesús  
martinez

SPA  
861  
M385p  
e.3

TOLMAS  
A



Mi

Box Party Bunch,  
Cassville  
Bill

---

LA PORTADA ES DE MARCOS

JOSÉ DE JESÚS MARTÍNEZ

*POEMAS*

*A MI*



UNIVERSIDAD DE PANAMA  
DIRECCION NACIONAL DE CULTURA

PANAMA, 1966

BIBLIOTECA NACIONAL DE PANAMÁ  
ERNESTO J. CASTILLERO R.

*Para Alfonso Játiva*

## CARTA A ALFONSO

(Panamá, 19 de Abril, 1965)

Alfonso:

Están tocando un blues. Hay un arbusto,  
un perro, un carro y sobre todo el blues  
que llega y no se va. Y eso es todo cuanto hay.  
Alfonso, eso es todo cuanto hay. Alfonso, ya no hay más.

Ahora que te ha dado por cazar palabras,  
por cogerlas al vuelo, por morderlas, abrirlas  
y ver qué llevan dentro, la pepita,  
la trampa, la miseria, el contrabando  
de tanta pendejada que nos meten...

Ahora nada, ¿me oyes?

¡Haló, haló, Alfonso, ¿existes? ¿Estás ahí?!

¡Ahora nada, el carro, el perro  
y ni siquiera yo, ni tú, ni nadie!

Espar, en estas condiciones,  
(en estas condiciones . . . ¡Me da risa!),  
en estas condiciones nos vamos a morir.  
Toda una señora muerte con pompa rococó,  
con música de fondo, con San Pedro viendo  
y el Papa arrodillado vestido de diamantes,  
en tanto que tú y yo, y el negro aquél  
y la gente sencilla, nos morimos,  
quiero decir, no somos,  
es decir, nos entierran, nos liquidan  
y nos traga la tierra para siempre.  
Reconócelo, viejo, es de mal gusto,  
cosas de nuevo Dios,  
de Presidente o de Ministro  
centroamericano.

Así no juego.  
De verdad, no juego.

A todo esto, hay un cuchillo azul,  
hay una serpiente azul que se desliza  
por la hierba húmeda del alma.  
Hay una música que crece como pelo  
y una tristeza honda, una ventana  
por donde Gödel se asomó,  
y otros también, y me lo cuentan todo,  
y yo también me asomo y me da vértigo.

Vivir es lindo. De verdad. A mí me gusta.  
Mentira. No me gusta. Está feísimo.  
Mentira, está buenísimo.

Pero nos tratan como waiters. Alfonso, eres un waiter.  
Tú, haciendo morisquetas, gestos, muecas,  
¡fumando en pipa, Alfonso!,  
dizque viviendo y cosa  
y todo dizque en serio, dizque en broma,  
y de pronto, ¡pum!, te mueres,  
y entonces, ¿sabes lo que pasa?  
Que te dan la propina, una muerte grande  
llena de cal y de silencio  
y que por lo visto no termina, dura y dura  
y no terminas nunca de estar muerto  
mientras el resto de la gente va a la playa  
y se bañan al sol y tú ya no.

Pero la culpa es tuya. Te lo han tomado en serio.  
¿Acaso no te acuerdas de cuando hablabas de la esencia,  
de presión hidrostática, de la fenomenología,  
de tanto flinting metafísico y taurino?  
Cuánto perro ladrando en tu poesía  
olfateándonos el alma, acorralándonos  
la pena —que no el tigre—, el conejillo,  
la penilla de estar, de tener que morirnos,  
el culillo, el miedazo, el no saber...  
Y tú ladrando, Alfonso. ¿No te da vergüenza?

Porque, realmente, Alfonso, aunque te dé vergüenza,  
reconócelo, viejo,  
lo que tú y yo y la gente merecemos. . . ,  
quiero decir, lo justo, lo congruente  
con esta vida y esas cosas sencillas que nos pasan,  
no es morir así, para siempre,  
quiero decir. . . , tú sabes, tan en serio.  
Lo que nos merecemos,  
lo congruente, lo justo, lo científico  
con esta vida de mierda que llevamos  
es más bien morirnos a la hora nona  
para resucitar al tercer día  
o no resucitar, irnos al cielo  
a ser felices, a comer helados  
y cantar con un laúd en camisón.  
Esto es lo justo, Alfonso. ¡Qué terrible!

Si por lo menos fuésemos culpables,  
si tuviéramos algo que llevar a la muerte,  
una hambre grande para rellenarla de arena y de silencio,  
si necesitáramos, si mereciéramos acabarnos del todo  
como un orgasmo con la vida. . . ,  
qué elegante sería morir, con cuanta sencillez lo haríamos,  
y ese dolor, cuán nuestro.

No queda más remedio que apretarnos  
la faja y ser geniales. No queda otro remedio.

O eso, o conformarnos  
con marcar el reloj de la oficina  
viviendo a crédito y muriendo gratis  
y en todo caso hacerse miembro del Partido  
Demócrata-cristiano.

O eso, o ser geniales y honrados. Ya no hay otro camino.

Ya no hay otro camino. Ya no hay otro camino.  
Sigue escribiendo, Alfonso, a tu poesía  
puede caerle un rayo. A mí me gusta  
y me sirve y me enseña y es verdad.  
Dale duro.  
Y no te mueras de propina. Te están viendo.



## TOCAN EN MI, GOLPEAN . . .

Tocan en mí, golpean.  
Alguien del otro lado quiere  
abrirme en dos como una puerta,  
entrar, nacer, pasar,  
buscar a una mujer, recoger algo,  
huir de Dios, asilarse en el mundo.  
Alguien, del otro lado, me sacude  
con terror, con prisa y humildad y urgencia.  
Quizás un niño muerto perseguido  
o un ángel comunista o un pobre diablo,  
o un dios indio que nunca pudo aprender latín,  
o un dios griego humillado, afeado, perdonado,  
o yo mismo quizás, quizás yo mismo, el yo que siempre  
sospeché me habían robado y escondido.  
Alguien, en todo caso, caído en la desgracia,  
con pánico en lo abierto, me golpea,

toca en mi corazón, se agarra de mis huesos,  
me sacude,  
me llora, me suplica que le abra . . .

Todo cesa de pronto. De pronto ya no hay nada.  
De pronto, estoy tranquilo. Lo han hallado, supongo.  
Y en el silencio y en la paz que quedo  
sólo se siente un suave viento indiferente,  
una pequeña nada fría, sonreída y tonta  
y un raro escalofrío que también se va.

## LO QUE ANTES ESTABA CLARO...

Lo que antes estaba claro, ahora ya no lo está.  
Me he perdido en el mundo. Y antes, me parece recordar  
(que vivía conmigo,  
o cerca de mí al menos, o, al menos, con mi consentimiento.  
(Recuerdo que reía.

Pero un día me ví mi mano, y más allá, un jarrón,  
y ambas cosas me fueron perfectamente extrañas.  
Me era lo mismo decir, soy un jarrón.  
Yo quería decir que no era yo, que me había perdido,  
o quizás que comenzaba a buscarme, y ya no estaba.

A veces, como ahora, de noche, oigo ladrar un perro  
lejano,  
y me digo, ¡si seré yo!,  
¡si no seré ese perro!

Nada peor puede pasarme, nada en el mundo puede  
darme un dolor más grande  
que el saber, al final de cuentas,  
que yo era yo, que no era nada.

Dios mío, por lo menos que a la hora de morirme  
esté ladrando un perro.

## AQUI ESTAN LA COSAS . . .

Aquí están las cosas.  
Aquí estamos todos.  
La hora llegó puntual;  
desde hace siglos venía para acá.  
Llegó el viento, atrasado.  
Aquí estamos todos.  
Esperando. A mí quizás.  
Esperándome. No llego.  
Me impaciento.

Me di una cita aquí conmigo,  
en esta hora, aquí, junto a esta mesa  
y esos cigarrillos y ese libro  
que también esperan.  
Me di una cita aquí conmigo  
y yo no vine.

Dejo esta nota aquí sobre la mesa  
por si vengo después de haberme ido,  
por si vengo después de haberme muerto  
y ya no esté.

Yo estuve aquí, necesité de mí,  
me sentía mal, estaba solo.

## TE COGI. . .

¡Te cogí! ¡Te cogí!  
¡Detente, ahora, ahora, en este justo instante!  
¡Te he cogido in fraganti! ¡Párate, José!  
Dime, ¿qué hacías? Sí, fumabas.  
¿En qué pensabas?, dime.  
¡No me mientas, te he visto!  
¿En qué pensabas, pequeño puerco?

Pues bien, ¿es eso lo que tú defiendes?  
¿Y qué más da si te lo quitan?  
Y tú, tú, pobre animal, cretino,  
¿tú quieres ser inmortal? ¡Qué risa!  
Anda, sigue fumando. Era sólo una broma.  
Sigue fumando, digo. No tiene importancia.



## CARTA AL QUE SERE CUANDO VIEJO

(París, Julio de 1953)

No me comprenderá, señor Martínez.  
Quizás ni me recuerde.  
Entre nosotros, no una multitud, sino más;  
no un océano sin agua, sino más;  
nosotros mismos frunciendo el ceño, tercos en la vida, opacos;  
más que nosotros mismos: nuestros muertos.  
Más de una vida ciega entre nosotros  
cuyas ventanas suenan por la noche.  
Más de una vida solamente cáscara,  
sólo habitada por fantasmas de asombrosas mujeres  
que fueron a querernos a la vida  
cuando nosotros ya no la habitábamos,  
pero donde ellas insistieron en quedarse y llorar  
como un coro de vírgenes irreparablemente viudas  
y cuyo lamento se oye algunas noches.

Entre nosotros.

Ni esos barcos noruegos de fantasmas  
harían la travesía entre nosotros,  
ni hay aviones, ni pájaros, ni voces.  
Sólo hay ciertos recuerdos que no vuelan  
pero caen,  
ciertos sueños profundos.

Y aún esto no es seguro.

Porque, ¿está usted seguro de que soy yo quien le habla?  
¿Acaso no podría haber alguna interferencia,  
líneas mezcladas, confusión de seres?

Quiero que me distinga entre todo lo que ha sido,  
entre tanto muerto vulgar e inconforme  
que le reclaman sitio a empujones y gritos  
a la hora del reposo y del recuerdo,  
el labio éste que muerdo y la soberbia con que muero  
sin ofrecerle ni pedirle nada a su memoria.

Y que también me señale

y que también me acuse  
esta sed de pureza postmortuoria  
que considero inútil,

y este dolor

con el que siempre quise escribir poemas

y que también lo considero inútil.

Yo soy aquél que pasa por sus sueños  
como un fantasma azul o como un barco que pita en la  
(neblina.

Pero antes  
soy esta cosa aquí con mi trascendental  
olor a calzoncillo y a alma rancia.  
Este que en esta tarde lenta, retrasada,  
abandonada por el tiempo,  
cuando las nubes son como la mierda de Dios,  
miro así por la ventana  
tan solamente fumando,  
tan solamente viviendo,  
tan solamente mirando por la ventana  
y acodado en mis ojos tristemente.

Veo la vida mía y me sonrío  
y soporto los dientes de mi alma,  
y me parece oírle sus pisadas,  
señor Martínez,  
que vienen lentas, seguras, como topos  
minándome la fuerza, el poderío  
con el que logro mantenerme vivo  
a puro pulso, así, mordiéndome los labios,  
como batiendo un record con cada instante nuevo.  
Y oigo sus pisadas, lo repito,  
por los suburbios de mi vida,  
y su bastón, lo oigo,  
y me apresto a desanclar mi corazón del mundo,  
a hurtarme de mis cosas engañándolas,  
quitándoles mis dedos de uno en uno,  
y a escribir estas líneas que tanto significan para mí.

Porque los muertos somos indefensos  
en las manos cochinas de los vivos  
no puedo sino defenderme de esta forma  
diciendo: éste soy yo, y aquel otro  
nada tiene que ver con mi persona.  
Porque, ¡oh, Dios mío!, yo veo algunos viejos cuando dicen:  
"Allá, en mis tiempos, cuando yo eran joven . . ."  
Y las prostitutas hablan de niñas inocentes que un día fueron,  
¡y se las muestran a sus clientes!  
¡Y luego ríen!  
Así se reirá usted de mí,  
señor Martínez,  
porque los muertos somos indefensos.  
Pero he aquí que moribundo y todo  
me acuso de ser yo  
y nadie más que yo  
y que me manden por ello a los infiernos.

Yo, minúsculo y mortal,  
infinitamente, desde aquí hasta aquí,  
y eternamente, desde ahora hasta ahora;  
yo, el terrible, el manso,  
el que lleva una lengua de buey en medio pecho  
y en los brazos dos lenguas igualmente  
y entre las piernas una lengua dulce  
de perro abandonado.

Yo, el que siente sed en todas ellas,  
el que quisiera hablar con todas ellas.

Soy ese pobre ser al lado izquierdo de mi vida,  
el mezquino, el vanidoso, el que vive  
sumiso y al servicio de las pequeñas vanidades  
que como bocas pequeñitas me reclaman a diario su alimento  
y que yo satisfago atentamente  
como un camarero.

Mire usted, por ejemplo, yo esta carta  
no la he escrito en París. Estuve ahí. . .

(¡Fíjese, fíjese cómo quiero dejar constancia de que estuve  
(ahí!)

. . .unos seis meses, (Mentira, fue sólo mes y medio),  
pero como la pienso publicar  
me pareció elegante poner Paris.  
Extraño, ¿no es verdad?

Este es el ser que tú debes amar,  
perdón, que usted, señor Martínez, debe amar.  
Es éste el que se está muriendo,  
el que le da vergüenza ir a empeñar,  
el que es preciso salvar a toda costa  
y el que siente unas ganas dentadas de morir  
o al menos de irse al cine, o reventar.

¿Y es esto lo que usted recordará con complacencia?  
¿Es esto lo que usted presumirá?

Esto que nunca puede rezar ni pronunciar la palabra Dios,  
porque me esfuerzo, pujo por hacerlo,  
y lo único que logro es eructar  
llenándoseme el alma y la nariz con el fermento  
de ese dolor que ayer tarde comía.

Ciertamente, lo más probable es que usted me olvide.  
Pero eso tiene graves consecuencias.  
Porque aquél que echa tierra a lo que él mismo fue  
le será echada la misma cantidad de olvido  
por ése que él será. Esto es así.  
Y además, es justo.  
Pues, ¿qué derecho tiene al tiempo  
o a la inmortalidad  
el que a sí mismo se la niega  
dejándose olvidado a la vera del camino  
para que un pobre lo recoja?  
Así he encontrado yo niños llorando,  
olvidados por esos que ellos después fueron,  
porque esos, los mayores, los adultos, los serios,  
estaban ocupados emigrando siempre a toda prisa  
y huyendo de la muerte. ¡Oh, gente mala, pobre, miserable!  
¿Y son esos pobres...?  
Yo pregunto ahora si son esos pobres los que temen la muerte  
como algo venidero, los que sudan de noche, los que van  
(a misa,  
cuando en realidad ya en ellos están muertos,

y no lo saben, y por eso  
están más muertos todavía.

Sucede a veces que estos miserables  
cuando, después de mucho tiempo, van al recuerdo a bus-  
(carse,

a preguntarse algo o a visitarse simplemente,  
ya no se reconocen, y se confunden.

Entonces algunos se corrigen,  
se paran en medio de su vida y se convocan  
y se pasan revista y se presentan;  
algunos otros se suicidan

para hundirse más hondo y encontrarse antes de morirse,  
—es un error en el que caen—;

y a algunos —la mayoría— no les importa nada de esto y  
(toman por sí mismo

al primer niño que encuentran o al que ellos hubieran

(querido ser,

porque entre los niños hay algunos que se esconden  
y no responden al llamado de la persona ignominiosa que

(con el tiempo,

que con la vida se hizo despreciable.

Esto es así. Esto es así. Lo juro.

Yo los conozco, a estos niños. Me los encuentro por las calles  
disfrazados de ojos, de complejos, de gestos.

Y me conmueve verlos. Me conmueve.

(También a los otros los conozco, a los mayores,  
pero a esos no les hablo. No los quiero).

Ameme usted, señor Martínez, frecuénteme,  
no me deje perdido, rescáteme  
del recuerdo de esas mujeres por donde me he perdido  
y de esas ciudades extranjeras por donde me he perdido  
y aun de mis mismos sueños por donde me he perdido.  
Es por el propio bien de usted que se lo digo.

Por lo que a mí se refiere  
juro por todos los dioses  
que no entraré en el reino de los cielos  
si no va de mi mano el niño que yo he sido,  
y aún ese otro que no conozco más que por referencias de  
(mi madre,  
y de la otra mano usted, y aún esos otros ancianos  
que esperaron en vano su turno de nacer.

Señor Martínez,  
por esto me señalo,  
por esto quiero arder como un faro en las tinieblas  
para serle referencia, para guiarle  
a la hora de morirse, a la hora  
de irse al recuerdo del que después de usted vendrá  
donde nos reuniremos formalmente y nos veremos cara a  
(cara.  
No vaya a confundirse y se vaya a otro recuerdo  
entre gente extranjera. Por esto me señalo.

Y también, lo he mencionado ya,  
por esta ansia de pureza postmortuoria  
y este sabor rabioso de lengua mía contra lengua mía  
y de arrepentimiento y de disgusto.  
Llámeme usted y llegaré desde debajo de la vida  
embarcado en recuerdos, en submarino, en sueños,  
a prestarle rigor y poderío  
y a redimirme de mi vida gastada inútilmente.  
Llegaré picado por remordimientos  
como por escorpiones y mosquitos,  
y llegaré llorando y decidido.  
Abrame usted su frente pensando en primaveras  
y en cosas así de tristes y de lejos,  
y ya le diré al oído lo que podemos hacer juntos  
por este nombre que hemos heredado.

(¡Oh! Ahora de pronto pienso si esos pasos  
no son de usted sino que de culebras  
que me vienen a comer.  
¡Señor Martínez! ¡Señor Martínez, ¿está usted ahí?!  
¡¿Me oye?! ¡¿Es que voy a morirme ya del todo?!  
Juro cuidarme de ahora en adelante,  
no emborracharme más, fumar menos,  
para que este cuerpo siga en pie  
y darle a usted el chance de nacer.

Perdón por no haberle podido dejar  
un cuerpo más saludable y una profesión más lucrativa.  
Perdón también por lo que ayer tarde dije a mi novia.  
Le dije que no la quería ver ya más,  
que me dejara solo y que cogiera  
sus dos maletas de mi alma y que se fuera.  
Compréndame usted, señor Martínez.  
No quería dejársela a que usted la baboseara  
con su desdentado corazón.  
Pero ahora  
iré corriendo otra vez a ella  
a pedirle perdón y a suplicarle  
que se quede conmigo a esperarlo,  
porque ella ha comprendido.  
Incluso creo que lo ama más que a mí.  
Algunas veces se confunde y me llama su "viejito".  
Debajo de mi alma, a la derecha,  
le dejo un poco de ternura ahorrada  
para que se la ofrezca como suya.  
Cúideme usted a esa mujer, señor Martínez,  
y, por favor, mis libros, también cuídemelos.

## QUE LEJANA QUE ESTAS . . .

¡Qué lejana que estás, aquí, conmigo!  
Te veo desde mis ojos como un preso.  
No. Los ojos me dicen que te ven,  
me conversan de Ti como si fuese un ciego.

Lejos de ti, a solas y a tu lado,  
les visto a mis palabras, les encargo  
que le digan a tu oído  
que te diga que dicen que yo digo  
que vivo amándote, esperando  
verte asomada, tú también presa, a tus ojos.

Mando mi cuerpo al tuyo a que lo goce  
y el pensamiento entonces  
en un rincón oscuro  
y más solo que nunca, se masturba.

Mi cuerpo y yo te amamos.  
El cerca, yo de lejos.  
Y desde allá, en la lejanía,  
y casi, amor, como por teléfono  
me habla de ti, oigo tus besos,  
de lejos siempre, como dulces piedrecitas  
que cayeran al agua de mi alma.

    De sueño, amor, de sueño y no de carne te conozco.  
Estás conmigo como si estuvieras en el cuarto del vecino.  
Vienes, te das a mí  
como si te entregaras a un amigo mío.

    Odialo tú, que me traiciona.  
Vete de mí, que quiero estar contigo  
sin compartir con nadie tu presencia  
y más solo que nunca, en un rincón oscuro.

    Salen barcos y trenes de mi alma.  
Detrás de ti suena como un mar rompiéndose  
entre las piedras de tu alma.  
Y recorriéndote la piel, la vida, en las arenas  
me encuentro cosas tuyas: aquí una huella  
de la que no veré jamás, allí una prenda de vestir  
con tu olor, aún con tu calor. Me pitan trenes en el sueño,  
y en la mañana encuentro, alborozado,  
barcos que de ti han llegado, cargados  
de besos como moluscos y especies olorosas.

Oh, tú, allende el mar.  
¿Lo oyes? ¿Lo oyes cómo brama?  
Me empuja, me rechaza, me moja las orillas del alma  
y te presto mi cuerpo, porque el cuerpo  
es el solo alimento del sueño y del recuerdo  
y la sola cuchara de la vida.

Lo mismo que nos une nos separa  
con altos muros que araños.  
Amanezco arañado, amaneces recorrida,  
amanecemos náufragos, cansados,  
y más solos que nunca. ¿Lo oyes?  
¿Lo oyes cómo brama?

Y más extraños.

¡Qué lejos estás, aquí, en mi cama!  
¡Cuán imposible, entre mis brazos,  
una leyenda casi...! Terminaré alejándome,  
yéndome a ti de ti. Terminarás odiándome...



## LECCION A JOSE

Desde hace tiempo, desde que me puse  
a contemplar mi vida, enternecido,  
como si la tuviera en una mesa frente a mí,  
todos los días, cuerpo, tengo que ir a un espejo  
a cerciorarme de que aún no he muerto,  
que no has huído aún de mi maltrato.

Ya no puedo olvidarme de que vives conmigo.  
Te llevo, ah cuerpo, puesto como un guante  
donde quiera que voy,  
y hasta te quieres levantar de donde duermes  
para ir conmigo al sueño  
con el grave peligro de perderte  
entre confusas sombras y recuerdos en pena  
y no encontrar más nunca la cama en que dormimos.

Cuerpo grotesco, feo, pero mío,  
que cuando estamos juntos, solitarios,

me haces prometer que no amaré  
a ninguna mujer que te desprecie;  
y te querellas como un niño débil  
perseguido por perros y por enfermedades;  
y me muestras la herida más reciente  
que en la calle te hicieron  
para que yo la limpie  
con amoroso y maternal cuidado  
y te la vende, dulce, y te consuele.

Cuerpo que uso y me vistes y me pides te salve  
y te abrazas a mí frente a la muerte,  
tú me preguntas qué eres,  
que si me iré contigo y que hacia dónde,  
que cuál es tu destino aquí a mi lado.  
Me da tanto dolor tu desconcierto,  
tu corazón hinchado, tus ojos sin apoyo,  
que hasta te miento a veces y te digo  
mentiras religiosas que invento para ti.

Pero te veo más cerca últimamente,  
por consiguiente más crecido  
y casi con la edad del alma mía.  
Ultimamente, en el entierro de don Pedro,  
de pronto comprendiste la verdad y me miraste,  
y ya no te resisto desde ese horrible día.

Me agarras con tus manos, me sacudes,  
me halas los cabellos, me impides que me duerma,  
me obligas a que te hable y te conteste.

Yo te contestaré, cuerpo de mi alma.

Yo también, como tú, preguntaba.  
Me dijeron que Dios.  
Que tú eras ancla, cuerpo, me dijeron;  
que tú, amor mío, eras mi enemigo  
y que pequé naciendo. Entonces odié a Dios.

Entonces odié a Dios y me mudé de vida,  
me fui al infierno, me escarbé en el alma,  
rastreaaba, husmeaba desde mí  
y me viví hasta el fondo, a grandes tragos.

Por algún tiempo, en el infierno mismo,  
chupándole los huesitos a la vida,  
en los últimos sótanos del mundo,  
horrorizado, hundido, en medio de la escena del crimen,  
rodeado por la vida miserable,  
cerca de la desdicha humeante quise  
corregir, conspirar y castigar.

Hoy otra cosa pienso, compañero.  
No me interesa ya la muerte  
ni me interesa Dios ni la venganza.

Quiero que a ti tampoco te interese  
nada sino lo que tus ojos ven  
y que me ha conmovido las entrañas;  
nada sino la víctima  
que la vida derrota, hostiga y odia.

Antes de que te alcancen, oh triste amigo mío,  
quiero que olvides tus pequeñas vanidades,  
y quiero que te olvides de tus preguntas necias  
sobre la fuente de la vida y su desagüe  
y sólo te preocupe y te interese  
lo que se puede construir con ella.  
Y quiero que no quieras recompensa  
por las penalidades cotidianas  
ni ayuda ni remedio ni consuelo  
porque, José, estamos solos, desamparados.

Antes, amor, de que te me mueras,  
de que te arranquen de mi lado  
y desforren mi alma de tu piel  
y nos trague la tierra y el olvido,  
quiero, cuerpo, que salgas de mi casa,  
sonriendo si es posible, y sin deseos  
de vengar mi dolor y tu desgracia;  
y quiero que te alivies tu amarga pesadumbre  
ayudando al caído y levantándolo,

porque, (escúchalo bien),  
el único placer que está a tu alcance  
es gozar en el prójimo como yo gozo  
dándote mi hembra a ti y hasta sus partes  
más íntimas y dulces de su cuerpo.

Es todo lo que hoy tengo que decirte.  
Yo no he aprendido más ni sé mejor.  
No soy el indicado, el más capaz  
para escribir los versos que deseo,  
pero una convicción que me he forjado,  
una nueva actitud, un nuevo empleo  
que quiero darle a mi existencia inútil  
me han hecho hablarte así y abrir mis puertas  
como si fueran brazos generosos  
a ti y al mundo y a la luz y al prójimo.

Quiero que todos entren a mi vida ahora  
y desalojen ese sueño oscuro  
que se ha paseado siempre por mi vida  
y por los corredores de mi frente  
como un fantasma en una casa vieja.  
Tú no estás solo, cuerpo, en la desgracia,  
pero te ofrezco esta esperanza nueva  
para que la compartas a mi lado.

Estas líneas, José, las he dictado  
en una entrega apasionada, honesta,  
a tu obediente mano de labriego  
para que así tus ojos perturbados  
me puedan ver, y para que tu voz  
las lean alto y se las digan a tu oreja  
y a todos tus sentidos y a toda mi persona  
como en un mítin progresista y nuevo.

Ahora sal a hacerles propaganda.  
Ahora, cuerpo de José, bastón de mi alma,  
habla por mí a mis amigos,  
ama por mí a mi mujer, construye  
por mí lo que te he dicho y vive  
de acuerdo con el plan que ya te he expuesto.  
Yo estaré desde el fondo contemplándote  
para morder tu lengua cuando hables mal,  
para empujar tu corazón en los momentos duros,  
para limpiar el polvo de los recuerdos gratos,  
para ayudarte, en fin, en lo que pueda.  
No me defraudarás, José, tú significas  
la acción, la fuerza, la existencia misma  
y el instrumento para mejorarla.

Vete a la calle ahora  
que alguien te necesita en todas partes

y debes ir corriendo a socorrerlo  
y a redimir a Dios piadosamente.

Así te quiero, oh hijo de mi madre;  
oh padre de mis hijos, así te quiero ver;  
ésa será tu salvación, la mía,  
y la sabiduría alegre que quiero para ti  
y para mí, y para todo el mundo que amo.



## EN UN ENCUENTRO FORTUITO

A veinte años casi de distancia y de recuerdo  
brillabas como un faro en la neblina  
y me guiabas así hacia adelante.  
Cuando en algunas noches me perdía  
en la vida, en oscuras ciudades extranjeras,  
pitaba a ti, igual que un barco herido,  
y te encendías toda como un faro  
en las orillas de mi infancia, allá a lo lejos,  
como la última vez que te recuerdo:  
erguida sobre el muelle y diciéndome adiós  
y agitando en el aire tu pañuelo  
como enseñándole a volar. Tú  
que temerosa del tiempo te quedabas  
en esos días tan hermosos, habitándolos  
como si fueran cuartos de tu casa.  
Te oía cantar en ellos, me llegaba  
a media noche tu canción, cuando

allá era todavía la mañana.  
Te veía brillar entre las sombras.  
Y era así como lograba yo  
desperderme en la vida y continuar mi viaje  
con las sombras y el viento golpeándome en la cara.  
No me tenía a mí, me había perdido.  
¿Y cómo me iba a tener o recordar,  
o visitarme o preguntarme,  
o pedirme consejo o amistad,  
si cuando me veía en el pasado  
estaba siempre hablándole a quienes hoy  
ya ni recuerdo, haciendo  
detrás de mí, a mis espaldas,  
lo que yo jamás haría?  
Detrás de mí,  
a veinte años de distancia y de nostalgia,  
te contemplaba entonces y sabía  
sólo por ti adónde era hacia atrás y adónde hacia adelante  
y la distancia exacta de veinte años  
que me servía de unidad para medir la vida  
y las posibilidades de los hombres.  
Tú, mi única amiga en mi pasado.  
Como dos puntos éramos tú y yo  
que marcaban el curso y el tamaño de mi vida,  
la dirección del tiempo, y me orientaban  
sobre el por dónde del olvido

y el hacia dónde del futuro.  
Por Ti sabía algunas cosas.  
Hoy, sin embargo, así, de pronto,  
he aquí que te apareces a mi lado.  
He aquí que te apareces a mi lado  
y de pronto estoy perdido en medio de mi casa.  
Perro ciego ladrando, mi corazón te busca.  
¿A quién mirará ahora para orientar mis pasos y sus ganas,  
para tener concepto de distancia  
y de profundidad y movimiento?  
¿A quién dejará ahora?  
Para tomar perspectiva del dolor pasado  
y saberlo pasado,  
¿a quién mirará ahora?  
¿A quién dará la espalda?  
¿A quién dejará ahora  
para saberse venido  
y poder ir, o esperar?  
¿A quién estrujará para no saberse vacío?  
Pienso con horror ciego  
en que cuando se canse de buscarte en mi recuerdo  
que abandonaste por venir a mí  
vuelva hacia mí la cara y me pregunte:  
¿En dónde estamos?, o: ¿Qué día es hoy?  
Sirva de ejemplo esta experiencia mía  
a los que como yo confiaban en sus pasos

y de pronto se encuentran sin camino.  
A los que desdeñaron encender los días  
y los abandonaron a esa noche  
que de cerca nos sigue, a los que nunca  
firmaron lo que hacían, a los que nunca  
dejaron luces encendidas que juntas todas  
podrían servir, uniéndolas,  
para marcarnos, para levantarnos,  
como un cielo estrellado  
en la memoria de los hombres venideros  
y por él puedan orientar su camino y continuar el viaje  
como un barco seguro en la tormenta.  
Pero no sólo a nuestra propia vida  
y no sólo a los hombres venideros  
pueden servir las luces, los astros de que hablo.  
La primavera a veces se pierde por el mundo  
y necesita faros que le ayuden a encontrar  
esos campos baldíos, devastados, que conozco  
aún cubiertos de alambres y de humo,  
oliendo a pólvora y a miedo todavía.  
Tú, que dejaste mi recuerdo  
para venir aquí a Madrid, pensando acaso  
que el tiempo te podría tratar mejor que yo:  
Gracias. Siento que te hayas equivocado.  
Te agradezco este golpe de vacío  
que me ha enseñado muchas cosas. Gracias.

## REFLEXIONES EN TORNO A LA MUERTE DE DON PEDRO

Un día tú te vas al cine,  
al día siguiente te sale una espinilla,  
al día siguiente te mueres  
y al siguiente te vas a alguna playa.  
No. Al día siguiente no te vas a esa playa, después de todo,  
Ni a ninguna otra parte.

Ahora estás aquí.  
Y ahora ya no lo estás.  
Así, groseramente, sin ninguna poesía.

Y es que. . . , lo que sucede  
es que el alma es como de aire, pero de agua.  
Y gotea de noche. Y no te deja dormir.  
Pero deja de gotear, porque le da la gana,  
y entonces sí que puedes dormir.  
Y sonrías.

Don Pedro sonreía.

—¡Miren cómo sonríe el pobrecito!

—¡Si parece dormido! —dijo otra mujer.

—¡Papá, papá! ¿Cómo se te ocurrió morirte?

!Ahora que ya casi tenías derecho a una pensión!

De todos modos a don Pedro  
no le gustaba mucho ir a la playa.

Y eso es todo.

Yo quisiera poder decir alguna cosa más,  
pero eso es todo. Absolutamente todo.



Don Pedro sonreía.

—¡Miren cómo sonrío el pobrecito!

—¡Si parece dormido! —dijo otra mujer.

—¡Papá, papá! ¿Cómo se te ocurrió morirte?

¡Ahora que ya casi tenías derecho a una pensión!

De todos modos a don Pedro  
no le gustaba mucho ir a la playa.

Y eso es todo.

Yo quisiera poder decir alguna cosa más,  
pero eso es todo. Absolutamente todo.



*De este libro, Segundo Premio del Concurso Literario  
"RICARDO MIRO", 1965, se han tirado 1.000  
ejemplares. Se terminó de imprimir  
en el mes de agosto de 1966.*



DIRECCION NACIONAL  
DE CULTURA

BIBLIOTECA NACIONAL DE PANAMÁ



3 4189 00061 6361

